

no pudo conseguir, sin embargo, otra cosa mas que devastar la comarca, haciéndose mas difícil, despues de su retirada, sostener el partido espartano en Beocia contra Tebas y su democracia.

La segunda tentativa que hizo Agesilao con el mismo ejército en la primavera de 377, no produjo mas resultado que poner de manifiesto la antipatía de los guerreros aliados contra la guerra salvaje que se hacia á Tebas. Cuando Agesilao, durante su retirada á Megara, enfermó gravemente y tuvo que dejar el mando de su ejército por mucho tiempo, no pudiendo Cleombroto apoderarse del paso del Citeron, los aliados obligaron á Esparta á declarar y proseguir con energía la guerra por mar contra los atenienses.

Con gran presteza armaron los enemigos de Atenas una escuadra de 60 triremes que dominó durante mucho tiempo en el mar Egeo bajo las órdenes del monarca espartano Polilis, impidiendo el transporte indispensable de trigo póntico, que se hacia desde el Helesponto á Atenas, y bloqueando el Píreo desde Ceos y Andros. Los atenienses aprestaron con energía y rapidez 80 buques, con los cuales Cabrias hizo levantar el bloqueo, dirigiéndose despues directamente á Naxos, en donde predominaban todavía los elementos laconios. Polilis le siguió, y en 9 de setiembre de 376 dióse, en el estrecho que hay entre Naxos y Paros, la batalla decisiva, en la cual consiguió una gran victoria Cabrias, á cuyo lado peleaba como segundo jefe el joven Focion que conquistó gran fama en esta jornada. Aquel fué el último dia de la dominación de Esparta en el mar, y el primero de la soberanía marítima ática.

A consecuencia de este suceso verificóse un cambio importante en la situación general de la Grecia, cambio que trajo consigo el comienzo del eclipse de la estrella de Esparta. Primeramente los atenienses, para aprovecharse mejor de la victoria, aprestaron dos nuevas escuadras, con una de las cuales dirigióse Cabrias al Oriente, á principios de 375, para hacer nuevos aliados en las costas tracias y en el Norte del archipiélago, apareciendo en estos puntos como el salvador que ofrecia á las ciudades griegas libertarlas del yugo de los bárbaros. Despues la desastrosa política de los espartanos, que habia ocasionado la destrucción de la liga olintia, en la cual tantas esperanzas se fundaban, habia tenido supeditada por mucho tiempo á aquella potencia septentrional griega que allende el golfo de Salónica, se encontraba en estado de defender por sí sola el helenismo.

Macedonia, cuya existencia política habia podido conservarse de un modo excepcional en la expedición peloponésica contra Olinto, se encontraba mas débil que nunca y con menos fuerzas militares bajo el reinado de Amintas II. Los peores enemigos que tenia eran los ilirios, que ya en 384 se habian mezclado con temible salvajismo en las disidencias de los epirotas. Incitada por ellos y quizás por los céltas, la cruel y sangrienta raza tracia de los salvajes tribulios, que habitaba en el territorio del Morava (en Servia), atravesó el paso de las montañas que circundaban por el Norte la Macedonia y la Tracia, cuya defensa era tan difícil, al decir de los investigadores geógrafos, y se arrojó sobre la comarca meridional, apareciendo por fin frente á la ciudad marítima griega de Abdera. Era esta una de aquellas temibles irrupciones de bárbaros que, á partir de la conclusión de las luchas de los Diadocos, y en progresión constante, tan cruel significación tuvieron en la historia del helenismo en la mitad septentrional de la península de los Balkanes. Los tribulios derrotaron completamente á los abderitanos y asolaron la ciudad: Cabrias, aprovechando esta ocasion en que Esparta no se encontraba dispuesta á cumplir el deber de defensa, que se habia impuesto despues de la derrota de Olinto, apareció

como libertador de la desgraciada ciudad, que desde entonces formó parte de la liga ática.

IV.—TIMOTEO DE ATENAS. EL PRÍNCIPE JASON DE TESALIA

No menos triunfos que Cabrias alcanzaba durante el año 375 su colega Timoteo en el Occidente de Grecia. Por un lado, deseando operar una diversion entre los tebanos que habian esperado la continuación de la guerra por tierra, y por otro queriendo extender la alianza hácia el Oeste, el célebre hijo de Conon, nacido á lo mas en 405 antes de Jesucristo, y admirador de las doctrinas platónicas, se hizo á la mar con 50 buques en la primavera de 375, acompañado de su aliado Isócrates; devastó las costas laconias, llegó al mar Jónico, y conquistó, gracias á su benignidad y dulzura, la isla de Cefalonia, la importante Corcira y las ciudades de Acarnania, y se atrajo la alianza de los caudillos molosos Alcetas y Neoptolemo que dominaban sobre los atamanes y chaones. Estas amenazadoras victorias de los atenienses y el auxilio que pedian las comunidades de Leucades y Ambracia, fieles todavía á Esparta, decidieron á los peloponesios á hacer grandes preparativos por mar. Pronto se aprestaron 55 buques que, mandados por el almirante espartano Nicoloco, se encontraron con los atenienses cerca de Leucades, en la ciudad acarnania de Alizia. Dióse, pues, en 27 de junio del propio año una gran batalla, y en ella los atenienses consiguieron una completa victoria que les aseguró tanto mas la soberanía en el Occidente, cuanto que al poco tiempo recibieron el refuerzo de 20 buques de Corcira.

Mientras se desarrollaban estas luchas, verificábase en la Grecia septentrional un cambio de relaciones políticas poco favorable para Esparta. En Tesalia, donde se habia levantado desde los últimos tiempos de la guerra del Peloponeso una ilustre familia de Feroe, que deseaba derribar el poder y la soberanía de las antiguas y nobles casas de los Aleuadas y Scopadas, imperaba en la misma Feroe desde el año 379 el poderoso é inteligente Jason, hombre dotado de excelente educación y de condiciones privilegiadas. Este pensó en 376 utilizar el cambio que se habia operado en Grecia, para alcanzar una especie de hegemonía entre los helenos, y quizás para emprender despues la antigua guerra nacional contra los persas. En el año 374 habia logrado, gracias á su benevolencia, energía y astucia, reunir bajo su soberanía toda la Tesalia, y hacer que el audaz-caudillo noble Polidamas de Farsalia, que en vano habia solicitado la intervención de Esparta, reconociese su supremacía. Puesto desde entonces al frente de su gran canton como *tagos*, ó general en jefe, pudo reunir un ejército de 20,000 hoplites, sin contar 6,000 mercenarios, muchas tropas de infantería ligera y 8,000 caballos. Esparta se encontró entonces completamente incomunicada con el Norte de Calcidia, desde el momento en que el moloso Alcetas y el macedonio Amintas se habian aliado con Jason.

En tales circunstancias, fué muy favorable para los espartanos que los atenienses, á pesar de la victoria de Timoteo, comenzasen á cansarse de la guerra. La lucha por mar pesaba sobre ellos de un modo muy distinto que en tiempo de Cimón: el tesoro nacional se habia agotado, las sintaxes aliadas proporcionaban escasos recursos, y los gastos principales debian, por tanto, sufragarse con el producto de las contribuciones. Entonces comenzó la opinión pública en Atenas á atacar á los tebanos que, protegidos por la escuadra ateniense, extendian cada vez mas su dominación por Beocia, conquistaban una tras otra las ciudades beocias, que iban agregando á su Estado, y se negaban á sostener con su dinero la escuadra ática. Así las cosas entabló Atenas negociaciones de paz con Esparta, que tuvieron completo éxito: tomando

por base la paz de Antálcidas, se devolvieron todas las posesiones adquiridas fuera del Atica, y se reconoció á Esparta como capital de una liga peloponésica y á Atenas como capital de una alianza marítima.

Apenas se habia firmado esta paz, que, segun parece, fué aceptada por Tebas, cuando se vió de nuevo perturbada. El almirante ateniense Timoteo, en su retirada del mar Jónico, habia desembarcado en la isla de Zacinto algunos fugitivos de esta comunidad apoyándose en su tentativa de apoderarse del gobierno, ó á lo menos de construir algunas fortificaciones para su defensa. A instancias del gobierno zacintio, exigieron los espartanos de los atenienses que se corrigiese y castigase este proceder; y ante la negativa de Atenas, declararon rota la paz, enviaron á Aristócrates á Zacinto con 25 buques, y poco despues á Alcidas con 22 embarcaciones á Corcira para proteger un levantamiento en su favor. Esta primera expedición fracasó por completo: pero los espartanos, ayudados por los Estados marítimos que todavía les guardaban fidelidad, pudieron aprestar 60 buques y un cuerpo de ejército de mas de 1,500 hombres, en su mayor parte mercenarios, cuyo mando confiaron á Mnasippo, que debia atacar, en la primavera de 373, aquella importante isla. Este general se estableció en las fértiles y ricas playas y acosó fuertemente á la capital, que se resistia con tenacidad inusitada. Solo pudo llegar á Corcira el auxilio de los atenienses, que tan pronto como pudieron le enviaron 600 peltastes, que, guiados por Stésicles, atravesaron la Tesalia y el Epiro: en cuanto á la escuadra ática, llegó mucho despues. Timoteo que debia mandarla no tenia dinero alguno, y cuando en abril emprendió la marcha, procuró proporcionarse los recursos necesarios, contrayendo nuevas alianzas. Fácil le fué persuadir á Jason de Tesalia y á Amintas de Macedonia á que entrasen en la liga de Atenas, atrayendo además á ella á muchas ciudades de las comarcas septentrionales del mar Egeo. Pero cuando salió de Atenas en el verano siguiente, carecia tambien de dinero y de marinos, de suerte que abandonó parte de su escuadra en Calauria y recorrió con el resto el mar Egeo, en busca de los recursos que necesitaba.

Entretanto la situación de Corcira se iba agravando y Atenas se encolerizó de tal manera contra Timoteo, poco apreciado como hombre y objeto de gran envidia como general, que ante la acusación de Ificrates y Calistrato, se le despojó del mando, se le hizo comparecer ante un tribunal por haber engañado al demos y hecho traición á su patria, y se confió la escuadra á Ificrates, que eligió por colegas á Calistrato y á Cabrias. Al popular Ificrates, tenido por legítimo hijo del demos, no le costó gran trabajo, bajo la presión de las circunstancias críticas en que se hallaba Corcira, levantar gente con la mayor energía y disponer una escuadra de 70 buques que fuera á su socorro. Una feliz disposición para los negocios de hacienda le proporcionó dinero, y la fortuna estuvo á su lado como general. Cuando llegó con su escuadra á Esfacteria, supo que los corcireos habian apelado á un levantamiento general, que habia ocasionado la muerte del audaz Mnasippo: llegado que hubo Ificrates á las cercanías de Corcira, el segundo jefe de Mnasippo abandonó en seguida la isla y se dirigió precipitadamente á Leucades, quedando de este modo levantado el sitio y pudiendo el caudillo ateniense apoderarse de una escuadrilla que la corte de Susa enviaba al auxilio de los espartanos. Entonces, con ayuda de los corcireos, emprendió una serie de expediciones en corso contra las costas peloponésicas y la parte de Acarnania que se mantenía fiel á Esparta.

La liberación de Corcira impresionó favorablemente á los atenienses, de tal manera que al regreso de Calistrato (noviembre de 373) y cuando se proseguía con ardor el proceso

de Timoteo, fué absuelto libremente el acusado, gracias á los empeños de los príncipes Alcetas y Jason, que habian corrido á Atenas para defender al almirante. Al año siguiente, Calistrato, siguiendo el ejemplo que poco antes habia dado Ificrates, y deseando mejorar su fortuna sirviendo á los persas, se encargó del mando de los mercenarios griegos que habian sido enviados contra los egipcios. El deseo de los persas de poder arrojar sobre el Egipto una considerable masa de griegos, hizo que en la corte de Susa predominase la idea de restablecer la paz en Grecia. A causa de esto, la política persa acogió favorablemente las proposiciones de Antálcidas, enviado de nuevo á la corte del gran rey por los espartanos profundamente abatidos desde su derrota de Corcira, y que solicitó de aquel algunos socorros en dinero y el robustecimiento de la paz de 387. En la corte de Susa se consideró contraria á aquel tratado la conducta de los tebanos en Beocia. Los mismos atenienses, á pesar de la victoria de Ificrates, tenian grandes deseos de restablecer la paz: nada les importaba una nueva intervención de los persas, por mas que desearan el florecimiento de la Beocia. Los tebanos habian luchado con fortuna desde la renovación de la guerra, habiéndose captado la amistad de Jason de Tesalia. Ante el valor de sus excelentes y bien dirigidas tropas, que nada desmerecian de las espartanas que guarnecian las ciudades de Orcomene y Focea, sucumbieron todos sus enemigos. Solo Orcomene pudo sostenerse: los principales adversarios de Tanagra, Thespie y Platea tuvieron que rendirse, procediendo los tebanos con indecible desconfianza y mandando derribar las murallas de las dos primeras ciudades. Los plateos que, al parecer, acariciaban el plan de unirse, como sus antepasados, con Atenas, vieron su comarca invadida en 374 (373 ó 372, pues no se sabe á punto fijo la fecha) por un ejército tebano que les obligó á emigrar con todos cuantos bienes pudieron llevar consigo hácia el Atica, y que arrasó de nuevo su ciudad: este hecho llevado á cabo por los tebanos, les hizo perder las simpatías de Atenas.

Esta, lo mismo que la corte persa, deseaba firmar cuanto antes la paz con Esparta, uniéndose á sus deseos los aliados y aun los tebanos que ya no opusieron resistencia alguna. En su consecuencia se reunió en Esparta, en 371, un gran congreso panhelénico, en el cual estaban tambien representadas la Persia y la Macedonia. Tomando por base la paz de Antálcidas, se firmó, despues de largas é interesantes discusiones, un tratado general que restablecía en toda su pureza las estipulaciones del año 387. La autonomía de las ciudades fué una realidad, prometiendo Esparta abandonar su política agresiva y retirar sus harmostes y guarniciones. La ejecución del tratado no se confió á ningún Estado, quedando todos en libertad de acudir en ayuda de cualquiera comunidad que viese lastimados sus derechos.

V.—DERROTA DE LOS ESPARTANOS EN LEUCTRA

En esta última cláusula confiaba el anciano Agesilao, representante de Esparta, para aislar é invadir á Tebas, de acuerdo con los atenienses. Cuando se trató de firmar el tratado y de jurar la paz, y cuando hubieron firmado y jurado en 16 de junio, Persia, Esparta, en nombre de sus aliados peloponesios, Atenas y cada uno de los aliados de esta, negóse rotundamente el beotarca Epaminondas, representante de los tebanos, á que firmasen cada una de las ciudades beocias, exigiendo que se permitiese á Tebas prestar el juramento en representación de toda la Beocia. Esto, que traía consigo el reconocimiento de la nueva situación internacional en que se habia colocado Tebas, fué causa de un rompimiento entre Tebas y Esparta.

Entonces Agesilao comenzó su deseada guerra contra los tebanos. El joven rey Cleombroto que con cuatro moras lacedemónicas y varios contingentes de los aliados, defendía la ciudad de Focea contra los ataques de los beocios y de los tesalios, recibió un considerable refuerzo de tropas espartano-peloponésicas, junto con la orden de invadir la Beocia con un ejército de Focea y Heraclea. Pero las esperanzas y el orgullo del partido guerrero espartano se desvanecieron muy pronto. Agesilao no conocía el valor ni el espíritu guerrero que animaban á los beocios desde que al frente de este cantón se había puesto Tebas: ignoraba asimismo que los espartanos habían de encontrar en su enemigo Epaminondas un adversario dotado de excepcionales condiciones y que sabía perfectamente poner en práctica las nuevas formas tácticas del arte de la guerra griega. Sus conciudadanos, á excepción de aquellos brutales partidarios de un radicalismo que odiaba su fama, le conocían como un hombre de Estado de genio sin igual, de una pureza de costumbres ejemplar y que, por su falta de malas pasiones, significaba en Tebas lo que habían sido para Atenas Aristides y Pericles. Epaminondas puso en práctica el nuevo sistema táctico llamado del *orden de batalla oblicuo*, complemento esencial de las reformas de Jenofonte é Ificrates, que consistía en dividir el ejército en dos alas, una defensiva y otra ofensiva: la primera debía permanecer en observación y solo entablar una lucha secundaria, valiéndose con preferencia para ello de la caballería y de la infantería ligera; la segunda, por el contrario, compuesta de fuertes y aguerridas tropas, constituía la columna de ataque, con la cual se había de luchar contra las tropas enemigas. Epaminondas hacía entonces la prueba de su nuevo sistema.

Cleombroto, con un ejército de 10,000 hombres (entre ellos 4,000 lacedemonios) y 1,000 caballos, se adelantó desde Focea hacia la montañosa comarca que se extendía entre Thespie y las ruinas de Platea, pasando por Tisbe y Creusis, y apareció en Leuctra ante los beocios que, en número de 6,000, mandaban Epaminondas y Pelópidas. Los dos generales tebanos supieron entusiasmar á su ejército, que sentía cierta inquietud, y tuvieron bastante nobleza para licenciar, ante la inminencia de la batalla, á las milicias de Thespie que les habían acompañado de mala gana. Trabado el combate, en 6 de julio de 371, los caudillos espartanos, por desgracia suya, comenzaron la lucha al medio día, algo embriagados por el vino. Dispusieron el ejército según los principios de la antigua táctica, colocando la infantería en dos filas y formando dos alas, la derecha con lacedemonios y la izquierda con los aliados. Cuando sus tropas estuvieron convenientemente distribuidas, comenzaron los caballos y los peltastes á maniobrar delante de los hoplites, contra los cuales envió Epaminondas su caballería, que les derrotó, haciéndoles huir hasta el centro del ejército de Cleombroto, de suerte que solo pudieron avanzar las alas. Entonces se vieron las ventajas del plan del general tebanos que había colocado en línea, al modo antiguo, su ala derecha, con orden de mantenerse quieta y de no seguir los movimientos de la izquierda. Esta, que era propiamente el ala ofensiva, formaba una verdadera columna de hoplites, distribuida en cinco filas; el ejército se completaba con el batallón escogido, el *contingente sagrado* de los trescientos que estaban á las órdenes de Pelópidas. Cuando Epaminondas se dirigió á paso acelerado contra el ala derecha de los espartanos, que mandaba Cleombroto en persona, procuró éste adelantarse; pero entonces Pelópidas con sus trescientos se desprendió de la columna y amenazó el ala derecha y la espalda de los espartanos. Advirtiendo Cleombroto este movimiento, quiso apartar su ala del pe-

ligro que la amenazaba, pero la columna de los tebanos atacó de frente y con inusitado furor á los enemigos. Entonces se entabló entre los tebanos y los lacedemonios una sangrienta lucha cuerpo á cuerpo, logrando los primeros dispersar por completo el ala derecha enemiga. Cuando cayeron en el campo de batalla Cleombroto, Sfodrias y otros espartanos célebres, los vencidos lacedemonios emprendieron la fuga, salvándose en el cercano campamento. La derrota de los espartanos fué superior á cuantas hasta entonces habían sufrido: las pérdidas materiales de los griegos, especialmente de los laconios, eran grandes. De los 700 espartanos que formaban parte del ejército, perecieron 400, encontrando además la muerte en este combate 400 hoplites lacedemonios. Ciertamente el ejército peloponésico era todavía muy superior en fuerzas al de los vencedores, pero la tibieza de las tropas aliadas hacía imposible entablar una nueva lucha. Dióse, pues, tregua á las armas.

Mientras Epaminondas observaba el campamento enemigo, mientras los eforos reunían en Esparta á toda prisa el resto de sus fuerzas y las enviaban hacia el Norte bajo las órdenes de Arquidamas, hijo de Agesilao, y Atenas se negaba á oír á los mensajeros de Tebas y aceptar las proposiciones que les hacían para formar una alianza contra Esparta, apresuróse el tagos tesalio Jason á acudir al llamamiento de los tebanos, reunióse con Epaminondas y le disuadió de su intento de atacar el campamento de los espartanos. Como nada le importaba ver á Tebas poderosa y á los espartanos debilitados, consiguió que se firmase un armisticio, en virtud del cual el derrotado ejército de los espartanos debía simplemente abandonar la Beocia. Así lo hizo, reuniéndose en Megara con Arquidamas, que regresó entonces á Esparta.

VI.—CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LEUCTRA

La catástrofe de Leuctra fué causa de la rápida y completa destrucción del sistema de los espartanos. Desvanecido el prestigio militar de Esparta, rompióse el último eslabón de la cadena con que la política espartana durante tanto tiempo había aprisionado á toda la Grecia, se alzaron en todas las poblaciones los elementos de descomposición, vaciló en todas partes, como conmovido por un terremoto, el frágil edificio del sistema creado por Agesilao y predominó por doquier la idea de la venganza, ó por mejor decir, la codicia de apoderarse de grandes porciones de la herencia que habían de dejar los espartanos.

Estos, que quedaban entonces reducidos á unos 2,000 ciudadanos dorios, y no pensaban en suprimir los antiguos y absurdos privilegios de raza, ni en reorganizar su Estado sobre una base eminentemente popular, temían sobre todo un nuevo ataque de Epaminondas y una guerra de venganza de los tebanos en el Peloponeso. Esta, sin embargo, se hizo esperar mucho; pues el prudente general tebanos se vió obligado, por una parte, á guardar por algún tiempo ciertas consideraciones ante la política de los tesalios y de los atenienses; y por otra deseaba asegurar sobre cimientos más sólidos la hegemonía de la Grecia central conquistada en los campos de Leuctra.

Muy pronto comenzaron los tebanos á recelar de Jason, que no solo invadió, durante su retirada á Tesalia, la ciudad de Heraclea, en el Oeta, destruyendo sus fortificaciones, y atrayéndose á los oeteos, á quienes cedió aquella plaza, y á los malios, con lo cual tenía asegurada la posesión de las Termópilas, sino que, así por tierra, como por mar, hacía grandes preparativos. En la primavera de 370 las cosas tomaron un aspecto amenazador; sabíase que Jason quería aparecer en la fiesta de Apolo délfico con un gran ejército y rodeado de una fastuosa pompa, y se creyó prudente atajarle en sus

planes que tendían á aliarse con Delfos y con la gran Anfictiónia. El gran tagos fué asesinado en el verano de 370 por unos jóvenes, á quienes impulsaban motivos de venganza personal, y Tesalia, de cuyo gobierno se apoderaron dos hermanos del príncipe, dejó de ser peligrosa para los tebanos.

No menos que la fuerza militar de Jason incomodaba á la afortunada Tebas, desde la batalla de Leuctra, el hábil trabajo diplomático de Atenas. Los atenienses, siguiendo entonces la dirección de Calistrato y poco entusiasmados al ver los progresos de Tebas que tendía á sustituir á la vencida Esparta en la supremacía de Grecia, aprovecharon la difícil situación que la política de Jason había creado á los hombres de Estado de Beocia, y, minando así el poder de Esparta como el de Tebas, procuraron conquistar la posición que hasta entonces había ocupado Esparta, como representante de la paz de Antálcidas. A este fin convocaron á todas aquellas ciudades que no se habían decidido todavía á jurar la paz firmada, para un congreso que debía reunirse en Atenas durante la primavera de 370. Tomando por base la autonomía del tratado de Antálcidas, se manejaron con éxito contra las tendencias de los tebanos, que eran unitarias para la Beocia, y procuraron establecer una nueva hegemonía. Por otro lado, no destruyeron las insignificantes ruinas de la situación peloponésica de Esparta, ya que al congreso antes mencionado asistieron los representantes peloponésicos, quienes, á excepción de los efebos que por egoísmo seguían una política independiente, se unieron á Atenas para formar un convenio, en virtud del cual, debía rechazarse por medio de la fuerza todo ataque contra la independencia de alguno de los Estados comprendidos en el tratado de paz.

Los espartanos, según parece, no se opusieron por de pronto á este estado de cosas que con tanta habilidad habían creado los atenienses; pero el vigor de los beocios y de los elementos que se alzaban de nuevo en el Peloponeso destruyó pronto la obra llevada á cabo por el Estado ático. Los excelentes caudillos de los tebanos habían sabido aprovechar con éxito el tiempo trascurrido desde que los peloponésicos, derrotados en Leuctra, habían abandonado la Beocia. Los thespiotas se habían visto obligados á reconocer incondicionalmente la supremacía de Tebas, y la misma orgullosa Orcomene tuvo que humillarse y someterse, bien que Epaminondas supo evitar todo acto de venganza contra la odiada ciudad. Este tebanos comenzó entonces á extender con enérgica actividad la hegemonía de Tebas sobre la Grecia central. El estado de prostración en que se encontraba Esparta contribuyó á debilitar la situación de sus partidarios en los cantones que se extendían desde el Citeron hasta el estrecho de Leucades. Los focenses, las distintas ramas de los locrios, los etolios, los acarnanios y los mismos eubeos reconocieron la soberanía de Tebas y se obligaron á formar parte de su ejército. La repentina muerte del caudillo tesalio Jason puso las Termópilas en manos de los tebanos, á los cuales se aliaron los malios, los oeteos y la ciudad de Heraclea. En la segunda mitad del año 370, estaba Tebas al frente de considerables fuerzas guerreras que bien presto habían de ser dirigidas contra Laconia. Desgraciadamente los grandes caudillos del Estado beocio carecían de *sofrosinia* política, ó por mejor decir, de elevadas miras y de un exacto conocimiento de las verdaderas necesidades del mundo griego.

La Grecia se encontraba en frente de la crisis que debía decidir de su organización independiente en el porvenir. Desde los años 370 y 369 habían tomado los asuntos de Macedonia y de Tesalia un aspecto, que hacía indispensable, como se comprenderá fácilmente, una intervención de Tebas. Indudablemente hubiera sido una gran ventaja ara los helenos que Epaminondas, la verdadera fuerza política

de su pueblo, hubiese podido contentarse con tener sujetos á los espartanos en el Peloponeso y con haber conquistado todos los territorios comprendidos entre la Acarnania y las costas orientales de Eubea, dirigiendo todas las fuerzas de su alianza contra el Norte de Grecia. Pero en aquellos tiempos dominaba aun en la política de los pueblos la ley de la venganza, á la cual no pudieron sustraerse los más eminentes hombres de Estado, y según la cual el recuerdo reciente de los males sufridos y de las luchas les obligaba á mantener con desapiadada prevención los sentimientos de odio inextinguible y de violencia de que habían dado tantas pruebas en los momentos más críticos de su historia. El mismo Epaminondas no pudo resistir á la presión de las crueles luchas que su pueblo desde hacía 25 años se había visto precisado á sostener contra Esparta: dominábase por completo la fatal idea de que la seguridad, la unidad del Estado beocio y la libertad de Grecia nada tendrían que temer el día en que Esparta se viese aniquilada. Por esto se extendió el sistema de fuerza beocio hasta los territorios del golfo mesénico, y como los tebanos no podían descuidar el Norte de Grecia, resultó al poco tiempo una exageración de fuerzas beocias y una mortal destrucción de los restos del poderío espartano en el Peloponeso.

Pronto se echó de ver cuáles eran los propósitos de los tebanos, cuando, siguiendo el indigno proceder de convertir la Anfictiónia de Delfos en órgano político de su espíritu de venganza, abusaron de la influencia que en esta asamblea habían alcanzado para hacer condenar á los espartanos á una exorbitante multa, por haber invadido en tiempo de Febibas y durante la celebración de una fiesta, la ciudadela Cadmea. Mas trascendental todavía era el proyecto que acariciaba Epaminondas de hacer retroceder á los espartanos hasta el territorio del Eurotas y de reducir el Estado lacedemonio á la condición de potencia de tercer orden, concediendo al propio tiempo á Mesenia los honores de Estado griego independiente. Pero antes emprendió la campaña decisiva contra las dos penínsulas meridionales peloponésicas, cuando Arcadia solicitó su auxilio.

VII.—LEVANTAMIENTO DE LA DEMOCRACIA PELOPONÉSICA CONTRA ESPARTA. MEGALÓPOLIS Y LA NUEVA UNIDAD DEL ESTADO ARCADIO

Con la retirada del joven Arquidamas y del ejército derrotado en Leuctra, se había producido en algunos lugares del Peloponeso, cuando los eforos tuvieron que retirar de todas partes sus harnos y guarniciones, una terrible agitación: el espíritu democrático y anti-espartano que también se había desarrollado en la península, se daba á conocer por violentos actos de venganza contra los gobiernos aristocráticos y las familias nobles á quienes hasta entonces había protegido Esparta, habiendo llegado el tiempo en que había de verse muy conmovido el antiguo orden de cosas en el Peloponeso. La democracia, las masas de las veces con matices oclocráticos, y la oligarquía (nombre que con preferencia se daba al gobierno de los nobles, tan hábil y sólido como falto de fuerza moral), el pobre y el rico, cada vez más enconados en la lucha comenzaron á hostilizarse entre sí, siguiéndose una serie de escenas revolucionarias que, sin dar una victoria permanente á la democracia, llevaban repetidas veces consigo una perturbación á cada paso más perjudicial en las propiedades y un aumento de la masa de proscritos. Lugares como Figalia, Flio, Corinto, Sicione, Megara y otros, se aterrizaron ante las sangrientas escenas que hubieron de presenciarse. En donde más horrible se mostró la fiereza que animaba á los peloponésicos fué en Argos: en 370 los jefes de las masas, con motivo de haberse descubierto un complot tramado, no por partidarios de Esparta, sino por